

Pero ¿cuál es ese navío cuyos pilotos se muestran tan hostiles á la Iglesia, la suscitan tantos enemigos, se coaligan con todos los adversarios de la Iglesia, pero cuyos desgraciados pasajeros tienden desde todas partes sus brazos hácia la barca de Pedro, hácia la verdadera Iglesia? ¡Ah! os reconozco, hermanos procedentes de esa grande nación, conocida en otro tiempo con el nombre de Isla de los Santos, y cuyos recuerdos y simpatías por la unidad católica no han podido extinguir tres siglos de protestantismo. Veo que acabáis de izar bandera de socorro, porque habéis enarbolado la Cruz. Os veo con los ojos fijos hácia la estrella polar, porque restablecéis el culto de la augusta Virgen, llamada astro de la mañana; estrella del mar (1). Ánimo, hermanos extraviados; un noble esfuerzo más para vencer las funestas corrientes del orgullo, que os impiden reuniros á la nave de la Iglesia, y la alcanzaréis para reconciliaros con ella y salvaros, y podremos continuar juntos la travesía, que debe terminar en la ribera de la patria celestial. Así sea.

(1) Stella matutinal... Maris stella!

SERMÓN

DE LA

SANTÍSIMA TRINIDAD.

*Euntes docete omnes gentes baptizantes
eos, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus
Sancti. (San Mateo, XXVIII.)*

Id, enseñad á todas las naciones, y
bautizadlas en el nombre del Padre, del
Hijo y del Espíritu Santo.

Cuando Dios quiso criar al hombre, dijo, según la Sagrada Escritura: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza» (1). En sentir de todos los intérpretes, no hay duda de que por esas palabras Dios quiso hacer entrever desde entonces la revelación del grande y profundo misterio de la Santísima y augustísima Trinidad. La palabra Dios, en singular, significa aquí la unidad de la naturaleza divina, y la palabra *Hagamos*, en plural, indica la pluralidad de personas. Por otra parte, en las palabras que Jesucristo pronunció cuando envió á sus Apóstoles á enseñar y bautizar al mundo entero, indicó por las palabras *en el nombre*, la unidad de Dios, y la Trinidad de las personas divinas por las pa-

(1) Dixit Deus: Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.
(Génesis, I, 26.)

labras *del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*. Hé ahí, pues, el misterio de la Santísima Trinidad, anunciado desde luégo de una manera oscura en la época de la creación, y después revelado con toda su claridad y con toda su magnificencia en la época de la redención de los hombres.

Según el enlace de estas dos épocas y de estas dos grandes revelaciones, la intención de Dios aparece bien manifiesta. Seguramente quiso darnos á entender que la misma Trinidad á que plugo criar al hombre, no se interesó menos en su redención, y que en todo su sér el hombre ha sido, por parte de la Santísima Trinidad, objeto de una predilección y de una solicitud enteramente particular.

De ahí nace para el hombre un deber de justa gratitud, y la obligación de honrar ese grande misterio; y de ahí también el origen y la justificación de la solemnidad que en este día celebra la Iglesia católica. Para entrar en esas miras y esas intenciones, vamos ahora á hablaros de este augusto misterio. Procuraremos haceros ver cuán admirable es en su imagen la Santísima Trinidad, cuán creíble es en su incomprensibilidad, y cuán amable es en su predilección por nosotros.

PRIMERA PARTE.

Los grandes de la tierra acostumbran á poner el escudo de las armas de su familia en los edificios y objetos de su propiedad. El Rey de los reyes no ha debido tampoco descuidar los derechos y prerogativas de su soberanía. Como todas las criaturas pertenecen á Dios por un doble título, puesto que las ha criado y las conserva, ha debido imprimir sobre cada una de ellas sus blasones y su imagen. ¿Cuáles son esos escudos? ¿Cuál será esa imagen?

Dios tiene en su sér, á un tiempo mismo, la Trinidad y la unidad: Trinidad de personas, unidad de naturaleza. Trinidad y unidad deberá ser la cifra y el emblema de esa divina soberanía, y esa será también la cifra y el emblema que imprimirá sobre todas las criaturas. En efecto, dice Santo Tomás; toda criatura, en primer lugar, subsiste en su sér: en segundo lugar, tiene una forma propia y que la determina en su especie; y, en tercer lugar, está coordinada hácia otra cosa. En tanto, pues, que subsiste entera en su sér, toda criatura representa al Padre, principio que no procede de ningún otro principio. En cuanto tiene una forma determinativa de su especie, representa la persona del Hijo, pensamiento divino y forma eterna de todos los seres. En fin, en cuanto está coordinada á otra cosa, y entra en un orden y una armonía, representa al Espíritu Santo, orden sustancial de las personas divinas, armonía eterna, amor que tiende á conducir hácia la unidad. Así, toda criatura es realmente *una* en su sér y *trina* en su manera de ser y en sus resoluciones. Por eso mismo toda criatura lleva el sello, la marca del Dios *Trino* y *Uno* que la ha criado.

Pero en todas las criaturas, añade Santo Tomás, esa marca, esa imagen del Dios *Trino* y *Uno*, se encuentra como un vestigio, como una huella que ha dejado impresa en ella la planta de Dios (1). Bajo esta relación, las criaturas señalan la existencia de la causa primera, sin revelar su naturaleza. En cuanto á las naturalezas inteligentes, tales como el hombre, esa marca se encuentra en ellas de una manera más perfecta, se encuentra á manera de representación y como la reproducción del rostro de Dios (2). Porque sólo al crear al hombre dijo Dios: «Ha-

(1) In omnibus creaturis invenitur representatio Trinitatis, per modum vestigii. (Santo Tomás, *Summa Teolog.*, 1. P. Q. 5. A. 7.)

(2) In creaturis rationalibus invenitur per modum similitudinis. (Santo Tomás, *Summa Teolog.*, 1. P. Q. 5. A. 7.)

gamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.» Sobre el hombre, según el Profeta, se complació Dios en imprimir la radiante semejanza de su divino rostro (1). Volviendo á entrar en nosotros mismos, dice San Agustín, encontramos, aunque no igual y coeterna, la imagen no obstante fiel de la soberana Trinidad (2).

Esa imagen fiel no se encuentra en nosotros en tanto que tenemos un cuerpo. Porque en tanto que somos alma y cuerpo, sustancialmente unidos en unidad de sér, representamos solamente el grande misterio de la Encarnación de Jesucristo, Dios y hombre en unidad de persona (3). No es, pues, según la forma del cuerpo, dice San Agustín, sino según el alma racional, como hemos sido criados á la imagen de Dios, y la huella ó la marca de su *Trina Unidad* se encuentra en nosotros (4). En efecto, como Dios es inteligencia, Verbo y amor, ó Padre, Hijo y Espíritu Santo, y esas tres Personas son un solo y mismo Dios, del mismo modo, en cuanto seres racionales, nosotros somos también inteligencia, pensamiento ó razón y amor, y esas tres cosas no son en nosotros más que una sola y misma alma inteligente (5).

Y así como en la ausencia de una persona que nos es querida nos complacemos en mirar su retrato, del mismo modo, en la imposibilidad en que al presente nos hallamos de contemplar frente á frente la incomprendible Trinidad Divina, procuremos consolarnos contemplando los rasgos de divina belleza que se ha dignado trazar en imagen en nuestra alma, y la encontraremos

(1) Signatum est super nos lumen vultus tui. (*Salmo* IV, 6.)

(2) Nos quidem in nobis, tametsi non coæqualem et coæternam, imaginem summæ Trinitatis agnoscimus. (*San Agustín.*)

(3) Sicut anima rationalis et caro unus est homo ita Deus et homo unus est Christus. (*Símbolo de San Atanasio.*)

(4) Non secundum formam corporis, sed secundum rationalem animam homo ad imaginem Dei factus est. (*San Agustín.*)

(5) In nobis mens et notitiâ et amor tria sunt quidem, et hæc tria unum sunt. (*San Agustín.*)

admirable y digna de nuestras adoraciones y de nuestro amor.

Como todo sér inteligente, nuestra alma tiene dos especies de acciones: la una interior, *ad intra*, ó acción immanente, *actio immanens*, es decir, acción que permanece ó queda en el sér que la produce; y la otra exterior, *ad extra*, es decir, acción que pasa á lo exterior, *actio transiens*. Nuestra acción interior es aquella por la cual pensamos y queremos, y que queda en nuestro propio espíritu: nuestra acción exterior es aquella por la cual obramos fuera de nuestro espíritu, ó bien es nuestra acción en relación con otros séres, y que por eso se hace acción transitiva: *actio transiens*. Lo mismo sucede en la inteligencia infinita de Dios. Ha criado todas las cosas y los conserva; esa es su acción exterior, *ad extra*. Mas, por otra parte, esa inteligencia infinita se conoce á sí misma, y al mismo tiempo se ama: esa es su acción interior, *ad intra*.

La acción interior de nuestra inteligencia consiste en que por la vuelta en sí misma, contemplándose, y complaciéndose en sus perfecciones infinitas, se conoce y se entiende á sí misma. En la inteligencia que se entiende, dice Santo Tomás, hay alguna cosa que procede de ella misma, y es la concepción de la cosa entendida que resulta de la fuerza intelectual y de su conocimiento (1). Esa concepción, añade Santo Tomás, se llama palabra interior, se llama el *Verbo* de nuestro corazón (2).

Lo mismo sucede con la acción interior de la inteligencia divina. Por la vuelta sobre sí misma, contemplándose á sí misma, y complaciéndose en sus perfec-

(1) Quicumque intelligit, hoc ipso quod intelligit, procedit aliquid intra ipsum quod est conceptio rei intellectæ, ex vi intellectiva proceden et ex ejus notitia. (*Santo Tomás.*)

(2) Quæ quidem conceptionis vox significat et dicitur verbum cordis. (*Ibid.*)

ciones infinitas, se conoce, se entiende á sí misma, y por lo tanto produce, mucho más perfectamente que nuestra inteligencia, alguna cosa que es la concepción de su inteligencia infinita. Esa concepción inefable se llama el VERBO de Dios.

Nuestra inteligencia, al producir su pensamiento, su verbo, que es la concepción de sí misma, se complace en él, se ama en ese verbo, y de ahí se produce en nosotros la voluntad y el amor. La inteligencia divina también, al producir su Verbo, su pensamiento eterno, se complace en él, se ama en ese Verbo, y de ahí se produce en la profundidad de su naturaleza divina la voluntad ó el amor: ese es el ESPÍRITU SANTO.

Ya veis, dice Santo Tomás, que la acción interior de la naturaleza intelectual no es más que la acción del entendimiento y de la voluntad (1). Todo comienza en la inteligencia y concluye en la voluntad (2). De ahí comprendemos también por qué hay tres Personas divinas, y no más ni menos. Y así como inteligencia, pensamiento ó razón, y voluntad constituyen el alma, del mismo modo también inteligencia infinita, Verbo eterno y amor eterno, forman á Dios todo entero. Hé ahí las tres Personas que dan testimonio en los cielos (3).

La concepción de la inteligencia es eminentemente intelectual; es de la misma naturaleza que la inteligencia, es la reproducción, la semejanza de la cosa entendida. Así, la procesión del pensamiento es en nosotros una especie de generación; porque la generación es el nacimiento de un sér viviente, de la misma naturaleza que el sér que le ha producido; y nuestro pensamiento,

(1) Actio immanens in ipso agente in intellectuali natura est actio intellectus et voluntatis. (*Ibid.*)

(2) Processio ad intra in intellectuali natura terminatur ad processionem voluntatis. (*Santo Tomás.*)

(3) Tres sunt qui testimonium dant in celo. (I, *San Juan*, v., 8.)

copia fiel de nuestra inteligencia, participa de su vida. Con justa razón, pues, San Agustín, hablando de nuestro pensamiento, de nuestro verbo íntimo, se atrevía á llamarle EL HIJO DE NUESTRO ESPÍRITU: *Filius cordis*.

Indudablemente debemos detenernos temblorosos cuando por vía de comparación queremos pasar de las cosas humanas á la meditación del Sér Divino. Sin embargo, no debemos desconocer que Dios nos ha ofrecido los seres criados como las gradas de una escala para elevarnos hasta Él. No debe, pues, parecer una temeridad el que de la generación de nuestro propio pensamiento nos elevemos de un golpe á la incomprendible generación del Verbo divino. Rechazamos aquí, como una blasfemia, toda idea de procedimiento racional. Queremos decir únicamente que si nuestro pensamiento puede ser mirado como una especie de generación, con mucha más razón hay generación en Dios: con mucha más razón el Verbo de Dios es engendrado antes que toda criatura, y con mucha más razón debe llamarse el HIJO DE DIÓS. Hoy, ha dicho el Eterno, os he engendrado (1).

Pero la voluntad ó el amor no se produce en nosotros por vía de semejanza con la inteligencia y el pensamiento, sino por vía de inclinación de la inteligencia y del pensamiento hácia otro objeto. Así, aunque procedente de la inteligencia y del pensamiento, el amor no podría ser llamado *hijo* del pensamiento y de la inteligencia. Podemos, pues, concluir de ahí por qué el amor infinito, tercera Persona de la augusta Trinidad, aunque procedente del Padre y del Hijo, no es llamado Hijo. Podemos también dar razón de los nombres inefables que el mismo Jesucristo ha dado á las Personas divinas, llamándolas Padre, Hijo y Espíritu Santo. La primera

(1) Egó hodiè genui te. (*Salmo* II, 7.)

Persona engendra realmente; es, pues, con toda verdad PADRE: la segunda Persona es realmente engendada, y por consiguiente es con toda exactitud HIJO: pero la tercera *procede* y no es engendada, resulta de la *Espiración*, y por eso es verdaderamente Espíritu, Espíritu Santo, Espíritu del Padre y del Hijo, digno de ser glorificado con el Padre y el Hijo.

La inteligencia es simple é indivisible; luégo cuando engendra su pensamiento se reproduce en él toda entera. Lo mismo sucede con la voluntad. Hé ahí, pues, á nuestra alma que existe toda entera en su inteligencia, toda entera en su pensamiento, toda entera en su voluntad, y sin embargo no hay tres almas, sino una sola y misma alma inteligente: Así en Dios, sustancia inmaterial é indivisible, el Padre, engendrando á su Verbo, le comunica su sustancia toda entera: el Padre y el Hijo producen al Espíritu Santo, y le comunican también toda entera la misma sustancia y la misma naturaleza divina, Así, la sustancia divina está toda entera en el Padre, toda entera en el Hijo y toda entera en el Espíritu Santo. El Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios. Sin embargo, no son tres dioses, sino un solo y mismo Dios. Porque la misma naturaleza divina se encuentra toda entera en las tres Personas divinas.

Pero acordémonos de que nuestra alma no es más que la imagen de la Santísima Trinidad. Es preciso, pues, que en lo que pasa en nosotros y entre lo que pasa en Dios, haya la misma diferencia que hay entre la imagen y la cosa, entre el retrato y el original. Nuestra trinidad terrestre no puede indicar más que débilmente, y como en bosquejo, los rasgos de la Trinidad celeste: no podría ni reproducirla, ni igualarla. Así, todas las facultades, todas las operaciones de nuestra alma deben resentirse de la imperfección inherente á todo lo que es creado, á todo lo que es finito. En Dios, por el contrario, esas mis-

mas operaciones son infinitamente perfectas como la naturaleza que las produce.

Entender, es en nosotros una operación del entendimiento, y no su sustancia. Nuestro verbo, nuestro pensamiento no es la reproducción de la sustancia misma, de la naturaleza misma del entendimiento; de otro modo habría allí generación real y perfecta.

En Dios todo es Dios, todo es acto puro, y el acto mismo de *entender* es Dios, y la sustancia misma del sér inteligente (1). El Verbo, pues, que es producido de ÉL, es una cosa subsistente de la misma naturaleza que el Padre (2), y por consiguiente sólo en Dios la generación es perfecta, y el Verbo es su verdadero Hijo (3).

Lo mismo sucede con el Espíritu Santo; es una cosa subsistente de la misma sustancia que el Padre y el Hijo. Hay, pues, entre nosotros y la Santísima Trinidad la diferencia de que solamente nuestro espíritu tiene su sustancia propia, mientras que el pensamiento y la voluntad no son en nosotros más que operaciones del espíritu; pero en Dios, el Hijo y el Espíritu Santo tienen cada uno su sustancia como el Padre. Y puesto que en la naturaleza racional lo que tiene sustancia propiamente dicha se llama persona, se sigue que en Dios hay tres personas reales y perfectas.

En segundo lugar, el pensamiento y la voluntad no son más que en nosotros operaciones accidentales, pasajeras, que tienen un principio y un fin. Pero en Dios, pues que su *entender* es su sér, pues que su *querer* es también su sér, y uno y otro son eternos, las tres Personas no pueden menos de ser eternas. El Padre tiene sobre el Hijo, y el Padre y el Hijo tienen sobre el Espíritu Santo una prioridad, no de tiempo, sino de principios,

(1) Intelligere divinum est ipsa substantia intelligentis. (*Santo Tomás.*)

(2) Et verbum procedens procedit ut ejusdem naturæ subsistens. (*Ibid.*)

(3) Et propter hæc dicitur propriè genitus ut Filius. (*Ibid.*)

puesto que el Padre ha engendrado al Hijo, y que del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo.

Cuando producimos nuestro pensamiento y nuestra voluntad, ese pensamiento y esa voluntad permanecen en la inteligencia en donde se producen, pero no quedan en ella más que de una manera muy imperfecta. Su recuerdo y su huella se borran rápidamente, si no se renuevan con frecuencia. Lo contrario sucede en Dios: el Verbo está siempre en el Padre (1), y el Espíritu Santo está también siempre con el Padre y el Verbo.

Todo el misterio de la inteligencia humana, y por consiguiente toda la verdadera filosofía, se contiene en esta hermosa fórmula del filósofo cristiano, que entre los modernos es el que más lustre ha dado á la Francia: «El hombre piensa su palabra antes de hablar ó de expresar su pensamiento» (2). Del mismo modo que puede decirse que todo el misterio de la inteligencia divina, y por consiguiente toda la verdadera teología, se halla en esta otra fórmula: «Dios ha pensado eternamente su palabra, antes de hablar su pensamiento.» O, en otros términos: Dios engendra eternamente á su Verbo, luégo piensa eternamente su palabra. Después, en la plenitud de los tiempos, envió á su Verbo á este mundo; de ese modo, en el tiempo y por nosotros, habla su pensamiento.

Se ha dicho y se ha enseñado que las palabras son los signos de las ideas: nada es menos exacto ni más incompleto que esa definición. Los signos ordinarios son la simple indicación de la cosa, y no la cosa misma: no participan de ningún modo de las propiedades y de las virtudes de la cosa significada. Las palabras no son la sencilla, la desnuda indicación de la idea: hay en ellas, como intermediarias entre dos inteligencias, algo del

(1) Pater in me est, et ego in Patre. (*San Juan*, x, 38.)

(2) De Bonald.

pensamiento, de la idea que se quiere transmitir. Puede decirse con exactitud que las palabras son el pensamiento, la idea misma revestida de formas sensibles para manifestarse en lo exterior. Así es que Jesucristo no ha sido como pensaban los arrianos, el signo, la representación del Verbo de Dios, el Hijo de Dios; sino que ha sido el Verbo de Dios, el Hijo mismo de Dios, revestido de la carne del hombre para hacerse visible y conversar con los hombres. En efecto, dice San Agustín; así como el pensamiento que está en nuestro espíritu se hace sensible revistiéndose de la voz, del mismo modo el Verbo que estaba eternamente en el seno de su Padre se ha hecho sensible tomando nuestra carne (1). Pero así como mi pensamiento, mi idea, al hacerse sensible por la voz, no deja al espíritu que la produce, sino que queda siempre en él y con él, así también el Verbo divino, haciéndose visible sobre la tierra, jamás dejó el seno del Padre eterno (2). Y así como la lengua es la que da á nuestro pensamiento un sonido, una forma para hacerle inteligible en lo exterior, así el Espíritu Santo fué el que formó el cuerpo adorable necesario para hacer visible el Verbo eterno. Y por eso el Espíritu Santo es para el Verbo divino lo que la lengua es para nuestro pensamiento. Sí; el Espíritu Santo es la lengua que nos ha referido los misterios del Verbo, y por eso descendió sobre los Apóstoles en forma de lenguas de fuego.

En el hombre, es el pensamiento sólo el que se manifiesta tal cual es por la palabra hablada ó escrita. La inteligencia y el amor no se conocen sino por las obras y en las obras. Como por vía de conclusión y de deducción

(1) Sicut verbum meum apud me est et transit in vocem; ita verbum Dei apud Patrem erat et transivit in carnem. (*San Agustín*.)

(2) Sicut ergo verbum meum prolatum est sensui tuo et non recessit à corde meo, sic Verbum Dei prolatum est sensui nostro et non recessit à Patre suo (*Ibid.*)

es dado demostrar la inteligencia y el amor. Sólo el pensamiento se hace ver y conocer tal cual es en la palabra escrita ó hablada. Del mismo modo por sus obras y en sus obras, el Padre y el Espíritu Santo se revelan á nosotros, pero por vía de raciocinio. Sólo el Verbo, el pensamiento divino eterno, ha sido visto, como en sí mismo, por medio de la carne y en la carne (1).

Así como la palabra hace sensible nuestro pensamiento, nuestro pensamiento pone de manifiesto la inteligencia. El alma inteligente no se conoce más que por la palabra y en la palabra. Así, en el Verbo de Dios hemos conocido la inteligencia divina; en él se manifiesta esa inteligencia, el Padre en el Hijo, el Padre y el Hijo por el Espíritu Santo. «El que me ve, ve también á mi Padre... Si me conocéis, conoceréis también á mi Padre... mi Padre os enviará el Espíritu de verdad... En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre, y mi Padre en mí» (2). En su Hijo, en su Verbo, en su pensamiento hablado, Dios quiere ser conocido, quiere manifestarse á nosotros lo mismo si nos encontramos en los elementos de la doctrina, que en las alturas de la ciencia. Del mismo modo también cuando se trata de conocer el alma humana, podemos conocerla toda entera en el pensamiento. La espiritualidad, la libertad del alma se reconocen y se manifiestan en el pensamiento. Sí, en el pensamiento se manifiesta toda el alma.

¡Cuán admirables son esas analogías!... ¡Cuán hermoso es el ver á esa Trinidad increada, eterna, soberana, omnipotente, que para hacerse conocer crea en el hombre una Trinidad terrestre!... No, no es una palabra, va-

(1) Vidimus gloriam ejus. (*San Juan*, I, 14.) Quod vidimus oculis nostris, et manus nostræ contrectaverunt de Verbo vitæ. (*San Juan*, I, 1.)

(2) Qui videt me videt et Patrem... si cognovissetis me, et Patrem meum utique cognovissetis... dabit vobis spiritum veritatis... in illo die vos cognoscetis quia ego sum in Patre meo. (*San Juan*, XIV.)

cia de sentido, una expresión alegórica ni hiperbólica la de que, «Dios ha criado al hombre á su imagen;» es la verdad más exacta, la más incontestable. Al criar al hombre, Dios imprimió en él una imagen de su sér, y nos ha hecho á todos nosotros retratos vivos de su invisible é impenetrable divinidad. Para verle, para conocerle, no tenemos necesidad de salir de nosotros mismos. Una atenta ojeada sobre nosotros mismos le descubre á la luz de la fe: en un sitio oscuro no se ve ni se distingue nada. Ese sitio oscuro es el alma privada de la luz de la fe. Merced á la antorcha auxiliadora de la fe, á pesar de nuestra ignorancia, nos será fácil conocer el original entero y la copia formada por las manos del Criador, la inteligencia humana y la inteligencia divina. Para llegar á las más sublimes revelaciones, nuestro mérito consistirá en no perder de vista la antorcha nocturna que nos ha sido prestada para guiarnos en nuestras indagaciones (1). Privados de esa preciosa luz no podríamos conocer ni al hombre ni á Dios. Entonces ya no se sabe ni de donde viene el hombre ni lo que representa. El hombre no es más que un cuadro cuyo mérito y valor se ignora, porque no se conoce la mano del grande artista que le ha concebido y ejecutado. ¿Qué es lo que puede impedir entonces el despreciarle y aun pisotearle? Para el discípulo de Platón, el hombre no será más que un animal de dos piés y sin pluma. Para Aristóteles, el hombre será el esclavo natural del hombre, y su condición habrá quitado todo el valor á su alma. Para Séneca, nada impedirá que el hombre sea un instrumento de placer á merced de otro hombre. Sócrates y Cicerón en la práctica no habrán visto mucho más claro. Borrada el signo divino, y el hombre no es ya más que un sér degradado; y desde enton-

(1) Cui benefacitis attendentes velut lucernæ lucenti in caliginoso loco. (*II. Petr.*, I, 19.)